

UN INSTITUTO FEMENINO

Algunas ideas sobre educación de la mujer



Por MARGARITA PEÑALOSA ESTEBAN-INFANTES
(Directora del Instituto femenino de Ciudad Real)

Por estimar que este discurso, leído por su autora en la inauguración del Instituto femenino de Ciudad Real, merced al contenido doctrinal rebasa el interés de su circunstancia, recogemos en esta Sección su texto íntegro, como colaboración didáctica.

DEBO ante todo agradecer al Director General de Enseñanza Media que haya inaugurado este nuevo Instituto antes de que termine su primer período de curso lectivo. En una época que no es propicia, por el calor ambiente y por las numerosas resoluciones que tiene que adoptar diariamente, su viaje, con el exclusivo objeto de pasar unas horas entre nosotros, inaugurar el Centro y ver cómo se ha desarrollado su primer año de vida, tiene que ser especialmente agradecido.

Por esta circunstancia, creo que el acto, además del tono solemne de la inauguración, puede tener otro más sencillo: una especie de rendición de cuentas por mi parte.

Comenzamos el curso cuando se nos indicó, con la sencillez de lo diario: una Misa en común y nada más. Se verificó aquel día de primeros de octubre, cuando vimos que las alumnas nos rebasaban, llenaban aulas y pasillos y se derramaban por otras tres aulas del Instituto masculino. Porque la creación de este Instituto femenino, señor Director General, fue tan oportuna como demuestra una cifra: el Instituto abrió sus clases con 150 alumnas más de las que tenía el masculino el anterior curso académico. Este dato, por sí solo, acredita que vuestra personal y espontánea decisión de crear aquí un Instituto femenino respondía a una necesidad urgente.

Fui designada, en comisión de servicio, para asumir la Dirección y organización inicial del Centro. Y creo que cumplo un deber si doy cuenta, como Directora, de esta nueva experiencia. Ha pasado el curso. Este primer año es de aprendizaje. Todo se observa, se piensa y se medita. Si para cualquier actividad humana la deliberación es precisa antes de la decisión, en materia de dirección de un Centro de Enseñanza Media esta inquietud por acertar llega muchas veces a convertirse en una obsesión. La dirección es compleja y delicada, porque su acción obra sobre muchos elementos diferentes. Personas: alumnas, Profesores, administrativos, celadoras, padres y familiares e incluso trabajadores que han de completar o reparar instalaciones que sólo con el uso han de probar su eficacia. Actúa también sobre cosas: el propio edificio, el material docente y de oficinas, el deportivo, el de hogar; toda esa serie de objetos, a veces minúsculos, intrascendentes, pero que sirven para *dar ambiente* y crear un lugar bello y delicado a la vez, como deben ser los Centros de educación femenina. Hay que intervenir en múltiples funciones: de coordinación de enseñanzas, de orientación general y de estímulo, de ponderación de factores que sólo se pueden apreciar desde el ángulo unificador de la dirección...

Y cuando se trata de un Centro nuevo, hay que irlo construyendo todo esto desde el principio: desde crear en las alumnas un cariño por la Institución que apenas conocen hasta formar en el Profesorado el primer espíritu de equipo, la solera, diríamos en esta tierra de vino, que vaya transmitiendo su sabor de cooperación armonizada a los Profesores que más tarde se incorporen. Hay, en fin, unas cosas agradables y otras arduas. Lo más agradable, el tiempo dedicado directamente a las alumnas, no sólo en las clases, sino también en esas abiertas y espontáneas conversaciones que he tenido tantas veces, con el ánimo de descubrir sus intereses, sus preocupaciones, sus deseos o

su personal vocación. Es lo que compensa de esas otras horas—¿por qué no decirlo?— pesadas o aburridas, aunque igualmente necesarias, de los presuuestos y las estadísticas, el agobio administrativo de un montaje inicial y que, sin embargo, debe rendir como si tuviera tradición de años. Pero entre uno y otro aspecto, el balance es positivo y vale la pena haber hecho esta experiencia y poder dar, al fin del primer curso de vida del Instituto, un parte de actividades lleno de realizaciones y de futuro.

Veamos las alumnas: convivir con la juventud es magnífico. Nuestra juventud femenina española es moralmente sana; mira el porvenir con ilusión, porque son sincera y radicalmente religiosas y porque tenemos en sus familias y en el ambiente social de pequeña capital de provincia los elementos del equilibrio. No todas son estudiosas, porque no todas tienen verdadera vocación intelectual. Por eso, son muchas las chicas que no siguen luego posteriores estudios, sobre todo de rango universitario o superior. Pero aún éstas aquí no pierden el tiempo. Les queda un fuerte sedimento de cultura y de curiosidad. En ningún otro sitio podrían estar mejor que aquí, es decir, en los Centros de Enseñanza Media femenina, como preparación para algunos estudios profesionales o bien como formación con orientaciones sanas en lo espiritual y religioso y niveles de exigencia en los métodos y en la instrucción. Pero debo decir también, sin exagerado optimismo, que incluso me parecen mayoría las alumnas que llegan a nosotros con afán de aprovechar y seguir. Una de mis mayores satisfacciones ha sido ir comprobando día tras día que las alumnas vienen al Instituto con gusto y alegría. Hemos creado un orden sin disciplina rígida; un orden de convencimiento y amistad de las alumnas entre sí y con los Profesores, y por eso las chicas han estado aquí con tranquilidad y confianza, en un ambiente absolutamente suyo... Por eso creo que lo quieren. Han sido excepcionales los apercibimientos y no ha habido ni un solo caso de indisciplina. Entre todos hemos hecho progresos—lo estimo sinceramente así, y por eso debo dar cuenta de ello—en ese magno problema de enseñar a ejercitar la propia voluntad. Muchas veces, dialogando con las mayores, yo les comentaba: "Ser mayor no es sólo usar—¡con tanta ilusión!—vestidos especiales, zapatos de tacón o peinarse de una manera determinada... O poder hablar con un chico sin que nuestros padres lo prohíban."

"—¿Entonces qué es, doña Margarita?"

"—Pues ser mayor es—les he comentado varias veces—empezar a saber decidir, hacernos nuestro propio programa de estudio y de vida, saber elegir nuestros libros y nuestros recreos en los días libres, valorar lo que nos conviene y lo que debemos evitar y hacerlo por nuestra propia voluntad e iniciativa; también saber comprender y realizar sin cansarnos, e incluso cansándonos, lo que nos hemos propuesto... Tenéis que saber decidir—les he insistido con machaconería—. Esta es la gran cuestión, y los primeros ensayos hay que hacerlos ya en el Instituto o en el Colegio. Cuando empezamos a saberlo hacer es cuando podemos decir que comenzamos a tener formación. Que no haya nunca horas vacías. En verano, que ya tenemos tan cerca, hay que saber buscar buenos libros para leer, buenas amistades que frecuentar y unos viajes o deportes agradables que practicar. Hay que saber vivir igualmente en el campo, en la playa o en la ciudad, porque la organización debemos llevarla nosotros dentro de nosotros mismos y no puede depender sólo de la circunstancia que nos rodee. En todos los sitios debe ser posible hacer nuestra vida sana, con salud religiosa, moral y física, alegre y aprovechada."

LA FORMACION, UN SEGURO PARA LA FELICIDAD

Hemos inculcado en las alumnas que este momento de su vida es—más que ningún otro—pasajero. Ahora son hijas de familia, pero eso es temporal. Luego tendrán que asumir sus propios papeles en esta grande y común empresa que es la vida. El Bachillerato que aquí están estudiando no tiene sólo la misión de darles la enseñanza básica y fundamental que les prepare para seguir con fruto otros estudios, universi-

tarios o superiores. Esto es importante y necesario, pero no es todo. La labor educativa y de formación que hayan recibido será en buena parte un seguro para su felicidad.

En este año hemos podido vivir también, desde el centro unificador que es la Dirección, bastantes problemas didácticos. ¡Ese cuarto curso!, que tantas lamentaciones produce en padres y en alumnas. Es, seguramente, el más fuerte del Bachillerato. ¡Eso rompimientos de la continuidad didáctica, en cuarto y en sexto, precisamente en los idiomas que luego tienen que manejar en las Reválidas! Esas aglomeraciones de materias (toda la Historia en cuarto, toda la Filosofía en sexto, por ejemplo), que agobian a los alumnos y a los Profesores, con unos cuestionarios exhaustivos, en un solo curso. Al hacer el balance de mi experiencia como Directora, a donde llegan las lamentaciones de las alumnas, las preocupaciones de los padres y las críticas profesionales y razonadas de los compañeros del Profesorado, creo que no debo olvidar este comentario sobre nuestro Bachillerato, que se levanta desde todos los puntos de vista y que aspira a ser recogido en una acertada revisión.

En cuanto al Profesorado, deseo hacer constar su magnífica disposición, de forma que ha hecho posible la realidad de un verdadero Claustro y han resuelto con gran eficacia y espíritu el gravísimo problema inicial de falta de plantillas. Por otra parte, un grupo de Catedráticos del masculino nos ha prestado también su colaboración, con el acierto e interés que tanto debo agradecer. Unos y otros hemos formado un equipo unido y en orden, instituyendo incluso, para nuestro solaz y descanso, el "té de las once y media", porque también para los Profesores hemos querido que este Instituto femenino fuera una prolongación agradable de nuestro propio hogar.

No tenemos que decir que muchas de nuestras actividades han sido comunes con el Instituto masculino. Por ejemplo, los ciclos de conferencias para Preuniversitario. A él y al Ministerio, que nos ha ido dotando de tanto material nuevo y magnífico, sobre todo para Física y Ciencias Naturales, así como de libros para la Biblioteca, les debemos la resolución de algunos de nuestros problemas.

No debo omitir la perfección con que han funcionado los servicios de dirección espiritual de las alumnas. El señor Obispo destinó a este Instituto un plantel de sacerdotes ejemplares, jóvenes, pero experimentados en la enseñanza del Seminario y en las actividades de Acción Católica. Se ha notado su número y su calidad. Misa diaria, sacramentos muy frecuentes, retiros espirituales, Ejercicios, Mes de María... Es decir, han mantenido a las alumnas y al Profesorado en esa tensión de los valores que no perecen. Y a su lado, el trabajo de las Profesoras de la Escuela de Hogar, verdaderamente magnífica (gimnasia, deportes, coro, música), han contribuido a que la formación no tenga fisuras ni huecos.

Llegado el final de esto que pudiéramos llamar mi rendición de cuentas, quisiera dejar ya los problemas inmediatos y concretos de este Instituto nuestro para subrayar con un carácter más general la importancia de la formación de la mujer. Se trata de un acto inaugural de amplia significación. Es el primer Instituto femenino de la Mancha, casi una fecha histórica en la vida de nuestra provincia.

LA EDUCACION FEMENINA

Estamos en una tarea colectiva de educación femenina. No será, pues, en vano que le dediquemos alguna reflexión. España cuenta con antecedentes muy significativos en esta vía de la educación de la mujer. Desde Séneca, con *Consolación a Helvia*, su madre, nos marca un ideal de mujer de altos valores, en el mundo pagano, hasta Luis Vives, que en la teoría y en la práctica hizo de la educación femenina un verdadero tema de su vida, pasando por San Isidoro o Nebrija, los ejemplos y los enseñanzas en esta línea podrían con facilidad multiplicarse. Pero la Historia es, sobre todo, interesante porque nos obliga a continuarla, a cada uno dentro de la medida de sus fuerzas. Y resulta que en el conjunto de las grandes novedades que nos ha traído el mundo contemporáneo—la explosión demográfica, el advenimiento del mundo de color,

los impresionantes avances de la técnica, las subversiones sociales y los nuevos sistemas económicos—no paramos toda la atención que el caso requiere en el advenimiento de la mujer a las responsabilidades sociales y a una auténtica codirección en el mundo. Quiero decirlo con la palabra más autorizada, la de aquel Santo Papa que el mundo no olvidará nunca, por su admirable bondad y la cristalina sencillez y profundidad de su doctrina; me refero a Juan XXIII, que en su Encíclica *Pacem in Terris*, al señalar las tres notas características de la época moderna, junto al avance de las clases trabajadoras y la liberación e independencia de los pueblos, destaca—son sus palabras—“el ingreso de la mujer en la vida pública, más aceleradamente en los pueblos que profesan la fe cristiana, más lentamente, pero siempre en gran escala, en países de civilizaciones y de tradiciones distintas. En la mujer se hace cada vez más clara y operante la conciencia de su propia dignidad. Sabe ella que no puede consentir en ser tratada y considerada como un instrumento; exige ser considerada como persona, en paridad de derechos y obligaciones con el hombre, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en el de la vida pública”. Tal es el texto de Juan XXIII.

Como vemos, no existe duda de ninguna clase de que la mujer debe ser también ampliamente preparada para la vida. Dios la hizo compañera del hombre y ahora, al correr de los siglos, seguimos y seguiremos estando dentro de la misma línea. También le dio una naturaleza para que cumpliera la sagrada misión de ser madre. Y cabe pensar que, aun sin salirnos de estas dos obligaciones inherentes a ella, cumplirá mucho mejor su cometido si es una mujer selecta y culta. Conviene a la sociedad que la mujer esté preparada lo mismo para ser la esposa dulce y confidente que para arrostrar sola y en momentos difíciles los mayores peligros.

LA CONDUCTA EN LA VIDA MODERNA

Y pienso ahora que la vida moderna, con su complicación y dureza, disfrazada de tantas facilidades, obliga muchas veces a un grado heroico de conducta. Recuerdo los tremendos, muchas veces trágicos, papeles que han tenido que desarrollar las mujeres en emigraciones, guerras y postguerras.

Desde otro punto de vista, al sentir la mujer una más justa valoración de su esfuerzo, ha comenzado también a contribuir muy positivamente al enriquecimiento espiritual de la humanidad. Han surgido mujeres de ciencia y magníficas escritoras. Lo que antes era rigurosamente excepcional ahora debe admitirse como corriente y ordinario. Los nombres de mujeres ilustres suman muchas cifras: entre los Premios Nobel encontramos a Selma Lagerlöf, Grazia Deledda, Perla Buck y la hispánica Gabriela Mistral. Y entre nuestras contemporáneas de dimensión universal, Concha Espina—fortaleza y exquisitez—puede y debe elevarse como símbolo.

También ha destacado la mujer en las duras pruebas deportivas. Desde que, excepcionalmente, Enriqueta d'Angeville, en 1838, escala el Mont Blanc, hasta la reciente hazaña científico-deportiva de la cosmonauta rusa, la mujer ha hecho también un largo camino. Está demostrado que en el laboratorio o en la clase, en la oficina o en puestos directivos (incluso en jefaturas de Gobierno, como la señora Bandaranaike, en Ceilán), la naturaleza y la sensibilidad de la mujer pueden dar frutos muy variados.

Como vemos, el ámbito de su responsabilidad se ha ensanchado, pero eso no quiere decir que haya de llegarse a una igualdad con la educación masculina, ni aun en los casos—como ocurre con el Bachillerato, por ejemplo, o los estudios universitarios—en que unos mismos programas y unos mismos exámenes o revaladas rijan para chicos y chicas. Porque no es problema—por lo menos así lo veo yo, a través de mis meditaciones personales y de mi experiencia como Profesora—de cantidad. La educación no es nunca un problema de cantidad. Y cuando está por medio nada menos que un carácter diferencial tan profundo como el ser hombre o mujer, ya se comprende que no puedo aludir a cantidad de conocimientos, sino a calidad de métodos, a especificación de objetivos. Si esto en la altura de los estudios universitarios y especiales

puede olvidarse hasta cierto punto, no sería lógico ni natural, antes bien, resultaría peligroso olvidarlo en la Enseñanza Media.

Me viene a la memoria la cita de un Obispo y pedagogo norteamericano, uno de los más grandes pedagogos católicos de aquel país—Monseñor Spalding—. Escribió que “a las virtudes femeninas confirió Cristo, según parece, las más importantes empresas: el amor, la castidad, el entusiasmo, la piedad, la abnegación y el espíritu de sacrificio por los grandes ideales”.

Deseo cerrar ya mi intervención. Estas palabras mías han sido como una respuesta colectiva de este Claustro al acto fundacional del Instituto femenino. Ellas significan que somos plenamente conscientes de nuestra responsabilidad. La formación de la mujer en un mundo que presenta tantas facetas críticas es probablemente uno de los instrumentos más seguros para evitar que el mundo recorra en el futuro unos caminos extraviados. Esperemos que la mujer contribuya al triunfo de los valores espirituales y a que arraigue más hondamente el sentimiento cristiano en la sociedad y en la vida toda.

***** MONOGRAFIAS PROFESIONALES *****

Ayudante Técnico Sanitario	Ptas. 17,—
Bibliotecaria	» 7,—
Periodismo	» 8,50
Titular Mercantil	» 11,—
Asistentes Sociales	» 11,—
Cajera	» 7,—
Perito Agrícola	» 13,—
Ingenieros Industriales	» 13,—
Secretaria	» 13,—
Magisterio	» 13,—
Farmacia	» 13,—
Licenciado en Filosofía y Letras	» 13,—
Medicina	» 19,—
Veterinaria	» 13,—
Psicólogo	» 13,—
Químico	» 11,—
Licenciado en Ciencias Políticas	» 13,—
Diplomado en Bellas Artes	» 13,—
Licenciado en Pedagogía	» 13,—
Licenciado en Derecho	» 13,50
Delineantes	» 11,—
Topógrafo	» 8,—
Licenciado en Matemáticas	» 12,—
Licenciado en Física	» 14,—
Licenciado en Ciencias Económicas	» 15,—
Ingeniero Agrónomo	» 12,—

Pedidos a:

REVISTA «ENSEÑANZA MEDIA»

Atocha, 81, 2.º

MADRID (12)